

UN CAMINO PARA RUSIA: LA TRADICION POLITICA CRISTIANA

POR

LUIS MARÍA SANDOVAL

Alexandr Soljenitsin ha afirmado una y otra vez que él no es político, que él es escritor. Pero esa afirmación necesita matizarse.

La vida de Soljenitsin quedó marcada por su experiencia de los campos de concentración de la Unión Soviética y el posterior confinamiento. Allí se convirtió Soljenitsin, y su vida cobró un sentido. Desde entonces la vida de Soljenitsin ha obedecido a un deber moral: en primer lugar, el deber como superviviente de contar lo que pasó en el Gulag en nombre de quienes no vivieron para hacerlo por sí mismos; y luego, el más amplio de reflexionar sobre las causas de aquello: cómo sobrevino la catástrofe comunista sobre Rusia, y de qué modo colaborar a que su pueblo escape de ella. Y por todo ello la obra de Soljenitsin no es la de un esteta que cultiva el arte por el arte, ni por distraer al lector con narraciones entretenidas, ni pensando en obtener éxito y dinero; toda la obra de Soljenitsin está signada por un designio que obedece a ese sentido de deber moral, y ello empezando por los temas elegidos e incluso en el lenguaje ruso que emplea, deliberadamente rico y tradicional.

El tema de los campos de concentración aparece en forma de novela en *Un día en la vida de Iván Denisovich* y en *El primer círculo*, pero ya los tomos de *Archipiélago Gulag* son un verdadero informe, elaboración sistemática de los testimonios de más de doscientos reclusos. Su gran trabajo en ejecución —*La rueda roja*— iniciado con *Agosto 1914* es en realidad una obra de investigación histórica sobre el advenimiento del comunismo en Rusia presentada en forma novelada; también son un interesante documento histórico las memorias de su vida pública de escritor dentro de Rusia, publicadas en España con el título *Coces al aguijón*.

Cuando Soljenitsin fue expulsado a Alemania en febrero de 1974, en ningún momento dejó de sentirse atado a ese mismo deber moral de escribir para el bien de Rusia, de la que había sido apartado sólo físicamente. Se recluyó en el trabajo de investigación y no prodigó en modo alguno sus intervenciones, bien espaciadas y meditadas, verdaderas miniaturas de fondo y forma: una colección de ellas se publicó en España bajo el título de *Alerta a occidente*.

Como vemos, Soljenitsin no ha sido político si por ello entendemos una actividad partidaria, una vida de agitación permanente ligada a lo momentáneo. Pero tampoco literato si por ello entendemos un cultivo intrascendente de las bellas letras. Es escritor por cuanto está volcado en escribir y lo hace con talento, pero está comprometido con un propósito de moralización social. No es político en su sentido propio por cuanto no se aplica al arte de elegir la opción concreta idónea en cada circunstancia, pero sí es pre-político o político de fundamentos: desde antes de 1974 se dedica a investigar y denunciar las raíces del mal que padece Rusia, y a estudiar y proponer las bases sobre las que reconstruir la Rusia postcomunista.

Pues bien, en julio de 1990 Soljenitsin ha publicado una nueva obra en que se manifiesta claramente esta faceta, y que acaba de ser traducida al español (1). *Como reorganizar Rusia* es una obra diferente a las que nos tiene acostumbrados el autor, pero no sin precedentes. Al leerla es preciso referirse como antecedente a la «Carta a los dirigentes de la Unión Soviética» que les dirigió abiertamente desde dentro de la propia U.R.S.S. (2).

En aquella «Carta» Soljenitsin solicitaba abiertamente que los comunistas iniciaran la concesión de algunas libertades, aun reteniendo personalmente el poder. A muchos nos pareció entonces un buen plan, pero de materialización casi imposible, mien-

(1) ALEXANDR SOLZHENITSYN, *Como reorganizar Rusia. Reflexiones en la medida de mis fuerzas*, Tusquets Editores, Barcelona, mayo de 1991.

(2) De fecha 5-IX-1973, está publicada en castellano con ese título junto con otros escritos y declaraciones breves por Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1974.

tras que los progresistas le criticaron su falta de entusiasmo por el liberalismo occidental (3), tachándole de proclividades auto-cráticas. Lo cierto es que muchas de las aperturas que se han alabado en Gorbachov fueron propuestas anticipadamente por Soljenitsin, incluso en su gradualidad.

La Divina Providencia ha premiado la tenacidad de Soljenitsin permitiéndole ver como se resquebrajaban los muros de la Unión Soviética, y Rusia era iluminada por algunos rayos de libertad. Cuando las perspectivas de cambio definitivo eran máximas, Soljenitsin estaba preparado, y animado por su amor y compromiso con el destino ruso, ha brindado a sus compatriotas sus reflexiones, con las que les ofrece aquello de lo que no pueden disponer y él sí: su exhumación del pensamiento ruso previo a la dominación comunista, y su conocimiento directo de la realidad política occidental, que muchos rusos toman por modelo a adoptar acriticamente. Porque lo más saliente de la actitud de Soljenitsin en occidente fue su patriotismo y su libertad de juicio. Ni siquiera por oposición a la ruinosa y oprimida situación de Rusia se plegó miméticamente al *american way of life*, es más, lo criticó en lo que tiene de cobardía y de ruptura con la moral cristiana (4).

Cómo reorganizar Rusia es una obra breve y muy concisa, ajustada sin duda a la finalidad de alcanzar fácil y extensa difusión entre el pueblo ruso, y de ser sólo un guión para el debate (5). Eso mismo dificulta la tarea de comentarlo, por la tentación de detenerse en todo cuanto de sustancioso contiene. Y puesto que anima a glosarlo extensamente, lo primero es recomendar encañidamente su lectura, para poder saborear todas las ideas que

(3) Se comprende, si se recuerdan sus manifiestas reticencias hacia el «desenfreno democrático» (*Op. cit.*, págs. 68-69).

(4) Puede verse, como ejemplo, su discurso «El mundo escindido» en la Universidad de Harvard (*Verbo*, núm. 168, (1978), págs. 999-1.017).

(5) Y es que «Como reorganizar Rusia» ha sido publicado íntegro en un diario soviético de gran tirada: el de las juventudes del partido comunista de la U.R.S.S., *Komsomolskaya Pravda*, el martes 18 de septiembre de 1990. Todo un triunfo de quien en su día fuera expulsado y privado de su nacionalidad.

plantea y sugiere —amén de la propia exposición—, de las cuales nos referiremos ahora a las más salientes.

En el trabajo que nos ocupa se pueden distinguir dos grandes partes:

De entrada, Soljenitsin, expone las medidas mínimas e inmediatas para fundamentar la libertad de su pueblo.

Comienza por afrontar la cuestión. «¿Dentro de qué límites nos curaremos o falleceremos?» como previa a la propuesta de tratamiento. Y abiertamente acepta que se desmonte el actual estado plurinacional con supremacía de los rusos bajo bandera leninista: debe concederse la independencia de las repúblicas no eslavas de la Unión Soviética. Pero es característico de Soljenitsin el que, aunque comparte el sentimiento de orgullo nacional, ponga interés en insistir en que semejante proceso debe culminarse atendiendo a evitar y mitigar los trastornos en la vida privada de millones de personas afectadas por los cambios de fronteras.

También se refiere a la necesidad de restablecer sin vacilaciones ni medias tintas la propiedad privada como necesaria para la simple existencia de ciudadanos independientes. Por lo demás no incurre en el error de manifestarse lego en economía para a continuación adelantar su receta preferida. Eso sí, advierte contra el peligro de introducir sin restricciones al capital extranjero atrayéndole con la oportunidad de hacer grandes beneficios (página 50), algo evidente para todos, pero que completa alertando también contra el riesgo que los enriquecidos en la época de la Perestroika se conviertan en especuladores que se adueñen a gran escala de los bienes que se privaticen (págs. 44-45 y 98-99). Este riesgo es el más inmediato e hiriente, y se ha visto ya en Europa oriental a los miembros de la nomenclatura del partido comunista, que hasta ayer denostaron y prohibieron las empresa privada por explotadora, reservarse las mejores propiedades (como los comandantes sandinistas en Nicaragua), por ser los únicos que han sacado fortuna e influencia de la igualdad socialista.

El resto de los fundamentos inmediatos que expone son de carácter fundamentalmente moral: señaladamente el sentido de autolimitación por el que «nuestras obligaciones siempre deben

superar la libertad de la que gozamos» (pág. 70). Contrasta en ello con buena parte de los autores católicos que, aunque suscriben esta primacía de la moral política sobre lo institucional, se refieren a ella sólo después de exponer las instituciones que consideran adecuadas. En Soljenitsin esa primacía de lo que no depende del régimen se convierte también en prioridad en la exposición.

No podemos por menos de transcribir una consideración que hace respecto del complejo de imitación de occidente, porque bastaría con sustituir «Occidente» por «Europa» para que moviera a reflexión a los españoles acerca de la transición de que hemos sido víctimas: «Nos hemos autosugestionado con que no hay que buscar ninguna vía propia, con que no tenemos que reflexionar sobre nada, sino que debemos adoptar todo 'lo que se hace en Occidente'. Pero en Occidente se hace todo de un modo muy distinto. Cada país tiene su tradición. ¿Tan sólo nosotros debemos no mirar cuanto nos rodea y no escuchar lo que se dice en nuestro país, lo que dijeron personas inteligentes antes de que naciósemos?» (pág. 63). Y también se añora en España un realismo sin prejuicios hacia el Régimen anterior como el que manifiesta el autor hacia otro auténticamente tiránico cuando dice: «En el sistema soviético, falso y hecho para cubrir las apariencias existen, sin embargo, elementos justos si son utilizados honradamente» (pág. 32).

Cuando el libro se escribió, hace un año, la posibilidad de aplicación de estas reformas básicas parecía casi inmediata, ahora en cambio, con la involución de la Perestroika, su posibilidad se aleja, Dios quiera que la pausa impuesta permita a los rusos meditar sobre cuanto les propone Soljenitsin.

La segunda parte del libro, planteada «a más largo plazo», es más universal que la primera, al proponer un régimen político justo, aunque se refiera a Rusia en concreto.

Soljenitsin se refiere a la democracia como el régimen político a establecer en Rusia. Eso es hoy habitual, la sorpresa es que se mueve sola y exclusivamente por realismo: «siguiendo la corriente contemporánea, elegiremos sin lugar a dudas la democra-

cia» (pág. 79), no porque se deje vencer por su mito. Es altamente significativo que previamente afirme la validez de las tres formas clásicas de gobierno con tal que se orienten al bien común, e incluso recuerde que por 'democracia' se entendió primero la forma desviada de poder de la plebe, hasta que este nombre sustituyó a 'politeia' (págs. 78-79).

El rechazo de la ideología democrática es explícito por cuanto se acepta como medio y no como fin. A partir de lo cual Soljenitsin dedica veinte páginas a prevenir acerca de los defectos y peligros de la democracia, de los que hace un recorrido completo. Se puede decir que en ellas han encontrado eco todos los argumentos de dos siglos de polémicas con la ideología democrática moderna: sufragio, sistemas electorales, mediocridad resultante, clase política..., nada falta aunque todo se encuentre concentradísimo en alusiones de pocas palabras. Con tremenda libertad de juicio Soljenitsin se atreve a poner en tela de juicio hasta el sufragio universal e igualitario: «en todo caso, no es una ley de Newton y podemos dudar de sus propiedades» (página 85) o «por cierto, el principio de la *total* separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial no es indiscutible...» (pág. 95).

Su juicio de la situación social occidental le hace decir que «no entramos en la democracia en su momento más saludable» (pág. 99), y ello es así porque «la democracia europea en sus inicios alimentaba un sentimiento de responsabilidad cristiana, de autodisciplina. Sin embargo, esas bases espirituales se han ido minando poco a poco» (*ibidem*). Sería más exacto que hubiera dicho democracia americana, pero en todo caso es cierto que la propia democracia nacida con la Revolución francesa ha evitado la disolución social inmediata merced al poso de la civilización cristiana. Existe aquí una evidente continuidad con el criterio, ya manifestado en su «Carta», de que las bases y limitaciones morales son decisivas para evitar que un régimen degenera en tiranía (6). Esa remisión de lo jurídico a una idea moral (pági-

(6) Entonces se refería al régimen autoritario de los zares cuando es-

na 129) se encuentra en una línea convergente con la predicación del Papa a los países del Este —especialmente en Polonia durante su viaje de junio de 1991— en orden a un retorno a la confesionalidad cristiana de los estados, siquiera sea limitado a la esfera del orden natural.

Pero lo que merece la crítica más acerba de Soljenitsin en las democracias occidentales es el sistema de partidos políticos. Sin embargo, no propone, como otros adversarios de la partitocracia, su completa proscripción legal, que pudiera tener una faceta opresiva, sino, simplemente, el que se vote a personas, no listas de partido, y la eliminación de toda dependencia de los cargos electos durante su mandato respecto de los partidos (págs. 102-103). La propuesta es digna de considerarse, por pretender acabar con la idea de gobierno de partido manteniendo la libertad de asociación, y nos acerca a la noción de partidos circunstanciales de que hablara Mella (7).

Y a partir de este punto se produce la segunda y más agradable sorpresa, a saber, la aproximación de las propuestas institucionales de Soljenitsin para Rusia a las tesis políticas del tradicionalismo español. Desde luego, no hay que pensar en una influencia directa, pues Soljenitsin basa expresamente sus propias reflexiones en los pensadores y políticos rusos prerrevolucionarios, diversos autores occidentales y su conocimiento de la democracia suiza y el sistema constitucional norteamericano. Pero precisamente, lo interesante es esa coincidencia objetiva, resultado natural de un mismo realismo político enjuiciado con criterio cristiano.

taba inspirado por la Ortodoxia, antes que pasara a subyugar por completo a la Iglesia. (*Op. cit.*, pág. 70).

Es de recordar que Soljenitsin nunca ha admitido que se pudiera establecer comparación entre la autocracia de los zares y la tiranía ideológica del comunismo (cfr. ALEXANDR SOLZHENITSIN, *Alerta a Occidente*. Ediciones Acervo, Barcelona, 1978, pág. 215).

(7) Entre otros lugares, expuso su doctrina al respecto en los discursos de Archanda de agosto de 1919 (*vid.* JUAN VÁZQUEZ DE MELLA, *Obras completas*, tomo XV, Subirana, Barcelona, 1931, págs. 350-352), y de SANTIAGO de 29-VII-1902 (*idem.*, tomo V, Subirana, Barcelona, 1931, páginas 282-285).

La constante de cuanto propone es la máxima vinculación entre los cargos electos y los electores. Y aunque el mandato imperativo no se describe explícitamente, el espíritu del mismo anima toda la construcción. Se proclama partidario de la democracia directa para las pequeñas comunidades (págs. 104-105), mientras que para todas las demás postula las elecciones indirectas de segundo, tercer y aun cuarto grado (págs. 111-113). Considera requisito exigible a los candidatos un arraigo real y suficiente en su circunscripción. Y llega al extremo de proclamar como los carlistas (8) que las asambleas representativas se reúnan «sólo para las sesiones previstas, y entre dichas sesiones sus miembros residirán en los distritos» (pág. 114) y que, siendo el escaño propiedad de la comunidad representada, sea ésta la que fije independientemente el procedimiento para ocuparlo y la duración del mandato (págs. 115 y 127).

Particularmente interesante es su concepción global del sistema político, que denomina de gobierno mixto, es decir, «una combinación racional de la actividad de una burocracia centralizada y de las fuerzas sociales (pág. 117), o, en palabras tomadas de Shipov «mitad Estado, mitad *Zemstvo*», por alusión a las asambleas provinciales existentes a fines del XIX y principios del XX. La consideración de ese doble polo del autogobierno social y la intervención del Estado donde aquella no basta no puede por menos de evocar la conocida expresión de Mella acerca de la conjunción de la doble soberanía, social y política.

Claro que, al tiempo, Soljenitsin es partidario como ya manifestó en su «Carta» de mantener un poder central fuerte para Rusia. Al efecto propone una presidencia de plazo más largo que el habitual, y con facilidades para la reelección; además, éste sería el único puesto para el que se mantendría un sufragio general y directo. Como en tantos pensadores de contenido tradicional, existe aquí una nostalgia de la monarquía, y aunque

(8) Una recopilación excepcional de textos carlistas referentes a su concepción de las Cortes en MANUEL DE SANTA CRUZ, *Apuntes y documentos para la historia del tradicionalismo español 1939-1966*, tomo IV (1942), Madrid, 1979, págs. 51-58; consúltese aquí especialmente la pág. 72.

probablemente la idea de la elección popular esté tomada del sistema norteamericano, obedece a la necesidad, dentro de una forma republicana, de fundar el poder político en un origen distinto de las cámaras representantes de la soberanía social, para que ambos puedan limitarse recíprocamente sin confundirse (9).

Por si faltara algo, Soljenitsin desearía también una cámara como «instancia superior consultiva de orden moral» (pág. 125), que él sugiere constituir a partir de las corporaciones profesionales que habrán de establecerse (pág. 127). Y aunque en este caso su propuesta concreta —que ocupa el lugar de los consejos del tradicionalismo— parece poco realista, va acompañada de interesantes apreciaciones acerca del asociacionismo corporativo, y de una última reticencia hacia los peligros del poder ilimitado de la mayoría.

A pesar de subrayar las coincidencias existentes, no queremos caer en el infantilismo de apropiarse de todo lo destacable para la etiqueta de la propia escuela. Por su formación necesariamente autodidacta, mal se podrá catalogar a Soljenitsin como un tradicionalista estricto, esto es, como alguien que ha recibido, aceptado y proseguido una corriente viva.

Pero la tradición acoge y transmite en su legado aportaciones de procedencia inesperada, con tal de que sean relevantes, válidas y participen de un mismo criterio moral. La corriente principal de la tradición puede ser alcanzada de modo paradójico, como explicara en la introducción a su *Ortodoxia* G. K. Chesterton, arquetipo él mismo de esa posibilidad.

Para considerar a un autor enmarcado en la tradición política cristiana hay que atender la rectitud de su doctrina social, la coincidencia sustancial en las propuestas concretas, y una actitud ponderada de reconocimiento hacia los predecesores y de gradualidad en la evolución. Y Soljenitsin se encuadra perfectamente en dichas coordenadas. Baste recordar respecto de su ta-

(9) Al respecto véanse las consideraciones y la notable coincidencia con JUAN VALLET DE GOYTISOLO, *Tres ensayos*, Editorial Speiro, Madrid, 1981, págs. 58-60.

lante tradicional las constantes apelaciones en el libro que comentamos a iniciar la reconstrucción de la sociedad desde abajo, a ir rodando poco a poco las instituciones —frente a los utopistas de la democratización radical—, al realismo hacia el presente: «habrá que aceptar algo del régimen político actual, sencillamente porque ya existe» (pág. 62) y al tomar como referencia el pasado anterior (la época zarista) sin por ello querer detener el tiempo: «utilizo asimismo las expresiones y conceptos rusos anteriores a la Revolución para no hacer una tercera serie. La vida hará seguir nuevos términos, y otros permanecerán» (página 108).

Cuando los que exaltaron al pragmático y despiadado Lenin, que hizo a Rusia perder su siglo XX y conmovió el del resto del mundo, han pasado sin solución de continuidad a incensar a Gorbachov, decepcionante oportunista y su sucesor al fin y al cabo en el poder, es necesario honrar como se merece al más señero de los rusos de este siglo, víctima y no verdugo, disidente de la primera hora y no del último momento (10), escritor político pero no hombre de partido, que, educado para perfecto hombre soviético en la generación nacida con la Revolución, retornó a la fe de Cristo, y que en el exilio se mantuvo fiel a su patria y no claudicó ante el materialismo occidental: Soljenitsin.

(10) En esta hora de alabanzas a los comunistas reconvertidos, llámen-se Gorbachov o Yeltsin, sorprende el silenciamiento de los que denunciaron certeramente el sistema comunista mucho antes y con riesgo personal. Puede haber intención sesgada en unos casos o simple ignorancia en otros, y contra ambas debemos reivindicar la verdad. Es el caso de Francisco Eguíagaray, persona con información de primera mano por haber sido corresponsal de EFE y RTVE en Moscú largos años, que atribuye en su reciente libro —encomiable por lo demás— *Europa del Este: la revolución de la libertad* a Vaclav Havel (1985) una frase que se encuentra en el discurso de aceptación del Premio Nobel por Soljenitsin (1970) y cuya idea desarrolla allí con amplitud. Puede que Havel la haya citado en su momento, pero existe el deber de dar a cada uno lo suyo, y, por tanto, de no olvidar a quienes a las ideas dieron forma primero.